

Con breves trazos biográficos sobre el Pensador Mexicano, Warner empieza la obra hablando de las producciones de Fernández de Lizardi a quien finalmente, reconoce también "como predecesor del romanticismo mexicano con su novela *Noches Tristes y Día Alegre*".

Dedica después un capítulo a la novela romántica de mediados del siglo XIX, donde se ve aparecer *El*

fistol del Diablo, de Payno, como el principio de este tipo de novelas. Habla ahí de Justo Sierra O'Reilly, de Orozco y Berra (Fernando), de Florencio María del Castillo, etc. En el capítulo sobre "Novela histórica después de la Intervención", trata, entre otros a Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio. Señala la época muy importante de las *Revistas Literarias de México* pu-

blicadas por Altamirano. En el estudio de las dos últimas décadas del siglo XIX, el autor localiza la culminación del romanticismo y el principio del realismo. Y al cruzar por el período naturalista "gran error literario", escoge la personalidad de Federico Gamboa para decir que sus novelas son tal vez las mejor estructuradas del siglo.

La figura de José López Portillo

y Rojas es considerada por Warner como la última de importancia. Con *La Parcela* sitúa a López Portillo en el papel de precursor de la novela revolucionaria.

"México —dice al final— tiene derecho a sentirse orgulloso de un progreso novelístico que es tanto más notable si tenemos en cuenta lo sembrado de dificultades e interrupciones que fué su siglo XIX".

E. L.

Se ha dicho que la mejor manera de contemplar las montañas es desde lejos. Estas notas acerca de cuatro libros recientes de don Alfonso Reyes son notas desde lejos, opiniones de "un lector en la calle" —valga la incongruencia—, y en modo alguno crítica de ellos. Puesto que sólo se puede juzgar sin error lo que se domina, para emitir un juicio certero sobre la producción de tan gran escritor se necesitaría ser él mismo, dado que nadie en nuestro medio literario le supera en amplitud y calidad de la obra. Mas el presente comentario, que se esforzará por ser comprensivo, sólo aspira a encauzar hacia esos volúmenes la atención de algunos lectores. En beneficio de éstos será.

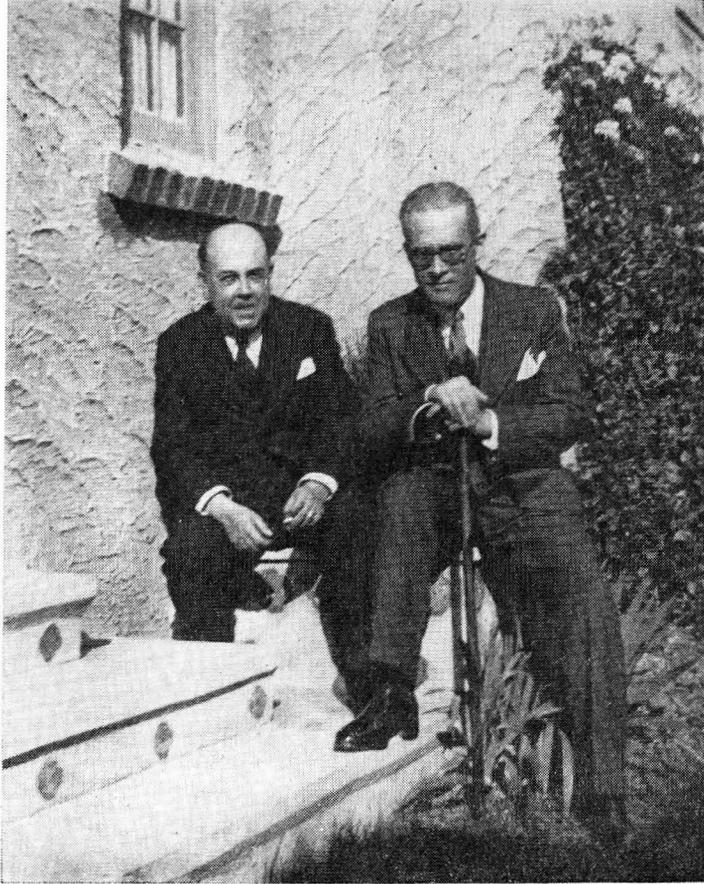
En marzo de 1951 A. R. sacó a luz, con el pie de imprenta de las ediciones *Tezontle*, una recopilación de artículos. Añadió algunas páginas inéditas y el texto de un par de opúsculos que ya es difícilísimo encontrar en las librerías de ocasión. Tituló el libro *Ancorajes*. Esa voz, en singular, vale por "anclaje", o sea el lugar donde fondean los buques, y el acto mismo de anclar. Los veintinueve ensayos ahí reunidos van desde 1928 a 1951.

No es fácil dar idea del contenido de una miscelánea literaria sin alargar con exceso la reseña. Mencionar solamente algunos de los trabajos que la componen sería ingratitud hacia los demás, que asimismo nos brindaron contento y nos dieron enseñanza. El comentarista, en consecuencia, ha de limitarse a afirmar que no hay página alguna de *Ancorajes* que no contenga ideas sutiles, expresadas en muy galana forma. Es el libro de un espectador de la vida. Cuenta el autor aventuras de su pensamiento y de su sensibilidad al través o en torno de obras y personas, ideas y cosas, paisajes y enigmas del mundo. Cada uno de esos ensayos es completo, rotundo; el tema entregó cuanto encerraba. No es el volumen un atlas de surgideros para la nave literaria, sino —ya sin metáfora— una serie de certidumbres, de sólidas nociones a las que la inteligencia puede asirse firmemente: ninguna cederá.

En julio de 1952 vió la luz pública *Marginalia*, primera serie (1946-1951). Su presentación es casi gemela de la de *Ancorajes*; varían el color de la tinta con que está impreso el título, la disposición de éste, la del nombre del autor y la mención editorial, en el lomo, amén de otras minucias. Los dos libros ostentan, como otros anteriores a los que se hermanan en dimensiones y vestidura, la viñeta que A. R. dibujó antaño para su "correo literario" denominado *Monte-terrey*, testimonio durable de amor al suelo natal.

Marginalia es una colección de cuarenta y cinco ensayos, los más de ellos artículos, aunque hay cuatro o seis cartas, un par de discursos y otros tantos prólogos. Les da unidad el estilo. Les da variedad, aparte la de los temas, el tono en que están tratados. No existe ahí, constante e intensa, la atmósfera de poesía que impregna a los *Ancorajes*: son reflexiones al margen

ALFONSO REYES



A. Reyes y el autor de este artículo

EN SUS LIBROS RECIENTES

Por J. M. GONZALEZ DE MENDOZA

de sucesos actuales, el eco que en una sensibilidad finísima despierta el impacto de las impresiones y que una inteligencia lúcida recoge con fidelidad y exactitud. No todos esos "dissecti membra" son de la misma extensión ni de igual importancia, pero sí de óptima calidad: todos enriquecen el espíritu con nociones acaso antes no percibidas o, si colubradas, no aprendidas por la mente.

En ambos libros bullen las ideas, se indican con novedad y agudeza aspectos de las cosas y de los seres, matices de las relaciones entre éstos y aquéllas. Todas esas páginas ofrecen —insistimos— un aprendizaje. Todas son nutricias. Y como desde su juventud el autor alcanzó la maestría en el manejo del idioma, todas son bellísimas.

Bellísimas: lo portentoso, en la obra de A. R., lo que sobre todo la vuelve excepcional es la armonía entre lo que dice y cómo lo dice. A darle celebridad pudo bastar lo uno o lo otro, la profundidad del pensamiento o la galanura del estilo; pero lo más admirable es cómo el artista sirve al pensador, cómo encierra noble contenido la

obra de arte, cómo las ideas originales, las observaciones sagacísimas reciben "fermosa cobertura".

Es prodigioso de nervio y brío, al par que de elasticidad y elegancia, el estilo de A. R. La riqueza de su vocabulario le permite usar siempre la palabra justa, la más apropiada y llena de sentido. En ocasiones "la monta en fistol", como dicen los franceses, o lo que viene a ser lo mismo: la pone entre comillas porque resume analogías no percibidas antes o porque constituye un hallazgo para enunciar un concepto que solía expresarse con un vocablo extranjero o mediante una perífrasis. Acaso no le parezca siempre claro al lector, pero culpese éste a sí mismo, a su cultura insuficiente, y no al autor, que escribe para quienes hayan leído mucho y posean buena memoria, de modo que él no necesite, por ejemplo, explicar quien fué Enimeteo si menciona a Epimeteo. Claro, clarísimo es siempre. Mas no siempre, antes al contrario: rara vez, es sencillo, y no por retorcimiento estilístico ni menos aun por complejidad en la exposición de su pensamiento, sino a causa de la ex-

cepcional facultad de síntesis, de compresión y compendio, que le es propia: dice en un párrafo lo que bajo otra pluma requeriría una página, en una frase lo que otro diría en un párrafo. Y nada falta ni, por supuesto, sobra en lo que dice.

Los descontentadizos podrán argüir que, no poco de lo recopilado en esos libros y en los demás de parecida índole son migajas. Concedámoslo; pero son migajas de mesa bien abastada. O mejor aún: hay que aproximarlos a la costumbre seguida en las orfebrerías, en donde el polvo se recoge cuidadosamente porque está cargado de partículas de metal precioso.

No es difícil encontrar en la obra de A. R. explicaciones indirectas de por qué publica esos libros heterogéneos. Nos limitaremos a un par de citas. En los perspicaces ensayos que titula *Fragmentos del Arte Poética*, reunidos en *Ancorajes*, aconseja a "quienquiera que seas, poeta o sabio, para quien el arte y la ciencia aparecen como una parte más de la vida, mezcladas en las experiencias diarias e inseparables de ella", que cuando le pregunten: "¿Qué escribes ahora?", conteste: "Escribo: eso es todo. Escribo conforme voy viviendo. Escribo como parte de mi economía natural. Después, las cuartillas se clasifican en libros, imponiéndoles un orden objetivo, impersonal, artístico, o sea artificial. Pero el trabajo mana de mí en un flujo no diferenciado y continuo." No es ilícito ver en esas líneas una confesión. Así aparecen formadas esas polianteadas. Atento siempre a todo cuanto la vida ofrece, actual o pasado, sobre todo reflexiona A. R. y en todo encuentra miga y substancia. En el prólogo a sus *Memorias*, publicado en la revista *Bohemia Poblana*, revela: "El arte de la expresión no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano." Cita que amplía y completa a la precedente. Entrambas, como se ve, de modo indirecto justifican la publicación de aquellos libros.

Los títulos de los de A. R. son expresivos siempre, afines con el texto que amparan. Certero es el de *Arbol de pólvora*, locución que el Diccionario de la Real Academia Española remite a "Arbol de fuego" definido así: "Arma de madera, compuesta de un palo como pie o tronco, y varios listones (en México los denominamos pleonásticamente "varillas de madera") como brazos o ramas, que sostienen las envolturas de papeles por donde va distribuida la pólvora para un fuego de los que llaman artificiales". De la pirotecnia tienen algunos de esos ensayos el estruendo; el colorido y el brillo, todos. El ejemplar con que A. R. obsequió a quien esto escribe lleva dedicatoria autógrafa, de la que es pertinente citar el final: "este libro, que representa el paso de la locura por el disco del sol". El portentoso don de síntesis del insigne escritor condensa en esas cuantas palabras la mejor definición metafórica que sea dable dar del contenido de la obra. La metáfora, por supuesto, rebosante de significado, está ahor-

mada al fenómeno astronómico que es el paso del planeta Venus ante el disco solar. No eclipse de la luz: apenas una manchita pasajera en el foco radiante.

Conviene añadir aún otra referencia. En los ya citados *Fragmentos*, el cuarto, sobre el *Valor de locura*, comienza: "Todo lo entendía: estaba loco. La serpiente le había silbado tres veces en la boca, y ya comprendía el lenguaje de los animales, las plantas y las piedras. Dotado así de elementos superabundantes, llegaba a conclusiones del todo inútiles para los que viven en una zona más limitada de la naturaleza. A fin de que lo dejaran en paz, hacía figura de humorista. Sus profecías, sus atisbos y sugerencias trascendentales pasaban por chistes de buena ley." Esas líneas explican ciertas modalidades de la obra de A. R., y quien se engolfe en ella con el aventurado propósito de analizarla, ha de tenerlas presentes. Por supuesto, se aplican a ese *Arbol de pólvora*, donde parece haber humorismo, aunque en realidad hay alegría — conceptos, a veces, antagónicos.

Hablar de locura a propósito de *Arbol de pólvora* es, digamos, una amplificación que hace ver con mayor nitidez el contenido. Propiamente, hay ligeras distorsiones en la manera de expresar pensamientos nacidos en aquellos instantes en que la mente se echa a volar sin darse cuenta, como si ese alejamiento de lo concreto fuese su objeto natural: "Presencia: los sueños sólo". Hay otras páginas en que asoma la fantasmagoría onírica.

Hay también algunas salpimentadas ocurrencias. Hay tres o cuatro recuerdos de infancia en los que el ensueño deja caer una gota de irrealidad, mejor dicho: de realidad levemente deformada. Hay una mitología personal, ciertos atisbos del misterio, de todo aquello mal conocido, al borde de la conciencia, que se exterioriza y configura en la concepción mental de entelequias y duendes: "La realidad en siesta —o sea como se la ve con los ojos entrecerrados, cuando el vino del sueño y el agua de la vigilia se mezclan— da siempre mitos". Ahí, la fantasía agrupa a mister Pittiflauts, a la Retro, al Holandés de las Botas, y, más cerca de la humilde humanidad, a Obrigadiña, a Tijerina. En fin, hay *El canto del Halibut* —véase esta palabra en cualquier diccionario inglés-español—, poema burlesco analizado con método crítico, ni más ni menos que si fuese un texto arcaico. Aquí y allá los poemitas de "agilidades ingeniosas" irrumpen en medio de la prosa, y ésta, a menudo, se torna aligera.

Mucho más accesibles para "el lector en la calle" son las *Memorias de cocina y bodega*. Pasma que la misma pluma que escribió el portentoso *Deslinde* haya trazado esos amenos comentarios acerca de la buena mesa; pero bastará recordarle, a quien pusiere reparos, la fábula de Fedro (III, 13) en la que Esopo, al ateniense que de él se reía al verle jugar a las nueces con muchachos —*ludentem nucibus in turba puerorum*—, púsole por ejemplo el arco: si está siempre tenso,

acaba por perder la elasticidad y aun por quebrarse. Hay que distender el arco. Hay que jugar a veces. Juego son esas *Memorias* en que el escritor ilustre, docto en las más variadas disciplinas, reseña cuanto sabe del buen beber y del mejor yantar. ¿A qué lector, si no fuere despótico, puede sonarle extraña la loa del arte coquinario? El ojo requiere educación para apreciar las artes plásticas, y, para gustar de la buena música, el oído; mas no hay ser humano que desde la infancia no esté capacitado para saborear los manjares.

Muchos meridianos cruzó A. R. en largos viajes; bajo paralelos muy distantes ha vivido, y, curioso como Terencio de cuanto a nuestros semejantes concierne, ha llevado su curiosidad hasta la bodega y la cocina, y ha apreciado vituallas y bebidas como buen catador, experto en discernir matices de condimento y finuras de aroma. ¿Gula? No: deseo de saber por experiencia propia y, como suele decirse, "que no le cuenten a uno". No es el libro, por supuesto, un tratado de gastronomía aunque a la postre resulta que nada apetitoso queda en olvido. Menos aun es un recetario. Son esas páginas lo que el título promete: impresiones —"la cocina, dice el autor en *La casa del grillo*, es arte impresionista"— de gastronomía en México y en varios países de Europa y de nuestro hemisferio, disertaciones en tono animado y cordial sobre aquellas inocentes voluptuosidades. Hay páginas sobre el reverendo soconusco y el

estimulante café. Las hay sobre la triste alimentación a base de píldoras y comprimidos. Hácese el escrutinio de la literatura culinaria. La erudición trae a cuento gustosas citas de autores del Siglo de Oro. En fin, la Historia ayuda a reivindicar para los legítimos inventores la prioridad en la elaboración de ciertos manjares; así la salsa mahonesa, mal llamada "mayonesa", el hojaldre, el consumado o "consommé", que son de invención hispánica, aunque por franceses pasaban.

Huelga añadir que no hay vulgar sensualidad en el tomito: con palabras del autor en su brillante ensayo sobre Mallarmé, puede decirse que esos *Descansos*, como denomina a los capítulos, son "victoria de la frente sobre la entraña".

Lo mexicano satura las páginas de esos cuatro libros, aun cuando el tema de algunas parezca alejado de lo nuestro. Y es que en la obra de A. R. el sentimiento de lo universal se alía siempre a la presencia de México, sea que cosas mexicanas le sirvan de término de comparación, sea que algún pormenor le avive el recuerdo de ellas. Más aún: estamos por decir que lo mexicano es en su vasta y variadísima producción la fuerza motriz. Ha de tenerse presente que lo que da carácter a una obra de arte, lo que la sitúa en la cultura de un país, no es tanto el tema que el autor elige y desarrolla, cuanto la sensibilidad que externa al hacerlo. Y mexicana, mexicanísima es la sensibilidad de don Alfonso Reyes.

EL DUALISMO

(Viene de la pág. 7)

canciller Rollin. Pero este realismo no es el helénico, es radicalmente distinto. También él se deriva de la filosofía de Santo Tomás. "Creo para conocer" dice, en el siglo XI, San Anselmo de Laón. No existe el conflicto entre espíritu y naturaleza, entre idea y realidad. El paisaje de Van Eyck es intuición del Creador al través de la naturaleza, alabanza del Creador al través de la creación. Es, para usar un término de arte moderno, realismo mágico.

Indudablemente el Renacimiento es la rebelión del hombre mediterráneo contra el ensimismamiento del hombre nórdico. Pero sólo en la idea se trata de un resurgimiento del helenismo. Un verdadero renacimiento de la antigüedad clásica no hubiera sido posible, si no por otras razones por la diferente actitud de la época ante la naturaleza. A la naturaleza concebida como encarnación de la idea, el Renacimiento opone una concepción de la naturaleza basada en el conocimiento de los fenómenos y hechos, en la experiencia y en el experimento. No le interesa la idea de la naturaleza sino las fuerzas muy concretas, que actúan en ella. Así pone los cimientos de las modernas ciencias naturales; así crea los supuestos de toda una serie de inventos técnicos. Esta actitud



Arte romántico. Resurrección de Cristo. Puerta de bronce de la catedral de Hildesheim.

rige también la creación artística. No sólo se trata del "descubrimiento de la naturaleza", como dice Burckhardt. Lo esencial es algo distinto: se cientificiza el arte, a la visión y la ima-

ginación la sustituye el conocimiento científico.

Para aumentar la naturalidad la perspectiva lineal (Masaccio), aún profundizada por Leonardo mediante el descubrimiento de

la perspectiva aérea. De Pollajuolo cuentan los escritores contemporáneos en son de elogio que fué el primero en practicar la autopsia de cadáveres humanos para fines artísticos. La anatomía se convierte en base y fundamento cada vez más indispensable del estudio del arte. Este espíritu profano y científico se apodera también del arte religioso. Los cuadros de temas piadosos no son sino fiestas —fiestas altamente terrenales— para los ojos. Savonarola se dirige en sus prédicas contra esta corriente de mundaneidad y, muy especialmente, contra Fra Filippo Lippi, autor de una "Coronación de la Virgen" en que ésta aparece rodeada de un grupo de damitas vestidas a la moda del día. Dice Savonarola: "Vosotros los artistas cometéis un pecado horrible pintando a ésta y aquélla en los muros de la iglesia, de suerte que en la calle se puede decir: ésta es Santa Magdalena y ése es San Juan y ésa, la Santísima Virgen... Vestís y adornáis a Nuestra Señora como a vuestras cortesanas y le dais los rasgos de vuestra amante...". Uno de los que escuchan a Savonarola es Miguel Angel.

El dualismo en la creación artística europea no ha desaparecido. Lo que cambia son los nombres: barroco contra Renacimiento, romanticismo contra neoclasicismo, expresionismo contra impresionismo...

(Traducción de Mariana Frenk)